

y proseguir investigaciones sobre la guerra civil y sus consecuencias. La producción de libros y artículos ha crecido sin cesar en las últimas décadas y no pasa año sin que aparezcan nuevos estudios, algunos de ellos con aportaciones sustanciales. «No se puede mantener por más tiempo –escribe Juliá– la falsa imagen de un país con dificultades para hablar de su pasado y que ha construido una democracia sobre un vacío de memoria». ¿Qué se puede construir sobre un vacío de memoria?

Justificar sus tesis

De lo que trata fundamentalmente el trabajo de Pío Moa, *Los crímenes de la guerra civil y otras polémicas*, es de justificar sus tesis acerca de la II República y la guerra civil española de 1936 y defenderse de sus opositores, es decir, de los que no ven nuestra historia reciente como él la ve.

Después de su *Trilogía* y del super éxito editorial de *Los mitos de la guerra civil*, en este nuevo libro, Moa vuelve a incidir en las siguientes cuestiones: el carácter de las represiones y el terror de la época; la idea de España en las izquierdas, sobre todo en Azaña, y su repercusión en la república y en la guerra; la actitud de la derecha ante la república y su deriva política; la cuestión de si existió re-

almente la amenaza fascista o un peligro revolucionario; el influjo persistente de la propaganda estalinista y su versión de la guerra sobre la historiografía más reciente, de Tuñón de Lara a Preston y Juliá; los efectos de la intervención exterior, en particular la satelización del Frente Popular por la Unión Soviética; la cuestión de «las dos y las tres Españas».

Los dos últimos capítulos se dedican a ciertas repercusiones a largo plazo de la guerra civil, que el autor estudia a partir de su experiencia personal bajo el franquismo, en el Partido Comunista y en el PCE (r)-GRAPO.

Moa opina que para salir del laberinto de las interpretaciones parciales en torno a la referida guerra de España y las interminables controversias sobre cada hecho de ella, debemos plantearnos dos cuestiones que dan sentido a las demás:

Primera, ¿fue la Segunda República un régimen democrático, o en qué grado lo fue?

Segunda, ¿surgió la guerra de un peligro fascista o de un peligro revolucionario?

El autor demuestra que la república entró en la historia con una legitimidad extraña, pero indiscutible y que nació así como una democracia a medias, mal concebida, ajena u hostil a profundas realidades sociales e históricas del país. Y concluye: «La conducta de la izquierda desacre-

ditó profundamente la democracia en España, pues quienes más la invocaban y decían representarla eran quienes más la transgredían y amenazaban las libertades».

Ante la segunda cuestión, asegura que «la derecha se rebeló en julio de 1936 frente a un peligro revolucionario real e inminente, al revés que la rebelión izquierdista de 1934, organizada contra un peligro fascista inexistente y que los insurrectos sabían inexistente». Y ¿surgió la guerra del cerrilismo y las conspiraciones derechistas contra las reformas, o del impulso revolucionario del PSOE y antidemocrático de las izquierdas burguesas? «Los hechos examinados –responde rotundo Moa– indican que fue lo segundo».

A partir de estas dos preguntas iniciales y sus respuestas, la polémica está servida y la polvareda asegurada, desembocando en dos sonados enfrentamientos, en torno a la guerra del 36, con dos historiadores: uno, con Santos Juliá y las víctimas de la guerra, el otro, con Enrique Moradiellos y la valoración de la intervención extranjera en la contienda.

A Pío Moa le parece un horror la tesis de Juliá, y otros muchos de su cuerda, de que la responsabilidad de las atrocidades, incluso las realizadas por los republicanos, recae sobre los rebeldes, por haberse éstos alzado sin la menor justificación moral o política con-

tra una legalidad democrática normal. Su trabajo intenta desbancar, con argumentos, los cuatro puntos básicos del libro colectivo coordinado por Santos Juliá:

1/ El terror desplegado por el Frente Popular fue una respuesta al de los sublevados.

2/ Fue un terror popular y en gran medida espontáneo.

3/ Su responsabilidad última y definitiva recae sobre los franquistas, que lo provocaron al alzarse contra la legalidad republicana y democrática.

4/ Las víctimas del franquismo fueron muchas más (en torno al triple) que las causadas por la república.

Moa duda de que la apasionada retórica y «las constantes distorsiones y omisiones» del libro de Juliá, cumplan el loable propósito de colaborar a «establecer la verdad», y mucho menos a la reconciliación. «Más bien sirven –dice–, precisamente, al objetivo contrario».

En el número 15, de mayo de 2003, de la revista digital de pensamiento *El Catoblepas*, Enrique Moradiellos publicó una larga crítica a las tesis de Moa sobre la intervención extranjera en la guerra civil española, que desarrolla a partir de cuatro cuestiones básicas: la génesis de dicha intervención; las motivaciones de esta intervención; la entidad de esa misma intervención; la trascen-

dencia de esa intervención para el propio resultado de la guerra.

Tras analizar estos cuatro puntos críticos, el criticado llega a la conclusión de que «debemos aceptar que el efecto más relevante de la intervención extranjera en la guerra de España fue la básica sumisión a Stalin por parte del Frente Popular, mientras que el bando nacional logró preservar su independencia».

«Los muertos matan a los vivos», es la cita de Esquilo que Moa utiliza para finalizar su libro. Es una buena cita, siempre que sea verdadera, porque suena a perdón, a no permitir que las esperanzas y posibilidades de convivencia en España se vuelvan a malograr por la siembra de fanatismos que en un pasado cercano dieron frutos tan amargos.

Desenterrar cadáveres

Desde hace algunos años, como un goteo que no cesa, van apareciendo estudios sobre la guerra civil centrados en su parte más sórdida y siniestra, un claro ejemplo es *Las fosas de Franco*. En estos trabajos llama la atención que sólo cuentan la represión feroz, las penalidades, persecuciones, horrores y asesinatos provocados por los franquistas, olvidando en todo momento los contrarios, con la justificación única de que las víctimas del otro ban-

do ya han tenido largos años de gloria.

En la primera parte del libro, Emilio Silva nos cuenta la historia de su abuelo, y de otros trece hombres asesinados una madrugada de octubre de 1936 por una partida de sanguinarios falangistas en el Bierzo, sin acusación, ni juicio, ni posibilidad de despedida de los suyos. Sus cuerpos fueron enterrados en una fosa común, fosa que ha podido abrirse 64 años después, gracias al empeño de su nieto por exhumar los restos de su abuelo. En la segunda parte de este mismo libro, Santiago Macías rastrea España de esquina a esquina y en cada punto cardinal encuentra territorios sembrados de horror.

Después de su tenebroso paseo por los abismos de la bajeza humana, Silva tuvo la idea de poner en marcha la que, en enero de 2001, sería reconocida como Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica, una organización que, según sus promotores, no para de crecer y que en un tiempo récord ha logrado llevar sus acciones desde el juzgado de Villablino a las Naciones Unidas, desde *La Crónica de León* a *The New York Times*, desde el Consejo Comarcal del Bierzo al Congreso de los Diputados. Con esta asociación «contribuimos a hacer justicia a los hombres y mujeres que edificaron nuestra primera

democracia –afirman Silva y Macías–. Sus familias tienen derecho a la dignidad, a dejar de vivir como si fueran culpables».

En el debate sobre el estado de la nación del año 2002, en las intervenciones de la oposición, hicieron alusión a los desaparecidos en fosas comunes. La respuesta del entonces presidente del gobierno, José María Aznar, fue que había que dejar atrás los fantasmas del pasado, porque los españoles querían mirar hacia el futuro. Los autores del presente trabajo, por el contrario, piensan que tienen el deber de rescatar del olvido a esas personas, de que regresen públicamente y encuentren un lugar en la memoria colectiva.

Las dos Españas

El itinerario intelectual en torno a las dos presuntas Españas y las distintas alternativas planteadas son el objeto central del interesantísimo libro de Santos Juliá, quien parte del punto de que el concepto de intelectual, o mejor dicho, la asunción del término como tal, se produce en España en la década de 1890. A partir de esas fechas, y hasta ahora, se suceden diez tipos de intelectuales distintos. En primer lugar, a lo largo del siglo XIX, nos encontramos con los liberales que pondrán sus esperanzas en la recuperación por el pueblo de sus libertades y

los conservadores católicos que sueñan con la restauración del catolicismo y los valores integristas. Seguidamente vendrán los noventa yochistas obsesionados por la muerte y resurrección de España. En tercer lugar aparecen los nacionalistas catalanes con su particular relato arcádico de la nación propia victimizada frente al Estado. Después llega el periodo de los intelectuales educadores que confrontaron las dos Españas, la nueva y la vieja. A continuación llegan los intelectuales de partido y el protagonismo de Azaña (no podemos aquí olvidar que Juliá es azañista del todo). El sexto lugar lo ocupa la generación del 27 el papel especial que juega la amada España por la que se llora y por la que se lucha. A continuación aparecen los intelectuales católicos, en sus dos versiones gradualistas y totalistas, con su afán monopolizador de España, que servirán de puerta de entrada a los intelectuales típicamente fascistas que buscarán construir un Estado totalitario para realizar la unidad de la patria. El noveno espacio se dedica al estudio de la intelectualidad del poder franquista, con las conocidas retóricas enfrentadas y la progresiva escisión de excluyentes y comprensivos, con su correspondiente evolución de los primeros hacia la tecnocracia, y de los segundos hacia la democracia. En la última parte se analiza

la disidencia política antifranquista que, según Juliá, no hereda la tradición liberal sino que es producto de la propia evolución moral de los jóvenes hijos del propio franquismo. El trabajo finaliza con el discurso de la reconciliación nacional, sin querer sacar conclusiones más allá de que la reconciliación supuso «la introducción de un relato que liquidaba todos los grandes relatos». Según Santos Juliá, el lenguaje de la democracia presupone el fin de los relatos sobre la nación.

Tras el disfrute de la lectura de más de quinientas páginas profundas, bien trabajadas y llenas de matices, el final parece que se

queda corto o cojo, como con un cierre en falso, ya que basta lanzar una ligera mirada a la actual España de las autonomías para comprobar que, nunca como hoy había habido tantos intelectuales inventores o recreadores de relatos de la realidad que fue. Nunca había habido tanto invento para hacerse con un pasado rico y feliz. También se echa en falta, en tan sólido trabajo, que Juliá no haga mención, en ningún momento, a la tercera España, la de los intelectuales desubicados, indefinidos, perplejos ante el drama de la polarización española de 1936.

Isabel de Armas



Biblioteca Hispánica. Vestíbulo